

REVISTA KARMEL

ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA



Edición
septiembre
No. 17
2022

Beata Josefa Naval,
**“ENTREGA AL SERVICIO
DE LOS DEMÁS”**



SUMARIO




1. Una santidad labrada en el mundo y en la familia.

4. Beata Josefa Naval, entrega al servicio de los demás.

7. Del Decreto para la canonización de la Sierva de Dios.

8. La señora Pepa, carmelita seglar con celo por la perfección cristiana.

10. Píldoras carmelitanas.



Una santidad labrada en el mundo y en la familia

Por Angela María Guzmán Sandoval

“Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día. Allí donde cada uno se encuentra” (Exhortación Apostólica Gaudete et exsultate).

Un vivo ejemplo de ello es la sierva de Dios María Josefa Naval Girbés, conocida por muchos como la señora Pepa. Nombrada por el padre Bernardo Asensi Cubells, en su libro “Flor Parroquial”, como “luz, flor, fragancia: un alma de fe, santa y apóstol”.

Josefa nació el 11 de diciembre de 1820 en una pequeña población agrícola llamada Algemesí, en Valencia, España. Su hogar estaba conformado por sus padres Francisco Naval y Josefa María Girbés, de quienes, según cuenta Asensi, “heredó su espíritu de fe, su piedad, su amor al trabajo y deseo de vivir siempre en gracia, respondiendo con fidelidad al Señor”.

Gracias a su madre no solo cultivó su formación religiosa y su destreza en el bordado, sino que también aprendió de ella y con ella a amar a la Santísima Virgen María, la cual sería su consuelo y

refugio al morir doña Josefa María cuando Pepa tenía 13 años.

“Su vida transcurrió con aparente normalidad hasta que a los 13 años experimentó el primer golpe: la muerte de su madre. En la misma calle donde vivía había una pequeña capilla a la Virgen del Rosario – donde actualmente se alza el convento dominico, en el Carrer Nou- y allí se fue llorando. Postrándose de rodillas se dirigió hacia la Virgen y le dijo, con sencillez y humildad, si Ella quería ser su madre, ya que acababa de perder a su madre terrenal” (Texto Beata Josefa Naval, una carmelita seglar en obsequio de Jesús).

“Entonces la Santísima Virgen en forma visible, le dijo: “Hija mía, no dejes tan santa devoción -El Rosario- que yo no te abandonaré” (Libro Flor Parroquial).

Desde el momento de esta dura prueba, y siendo la hija mayor, María Josefa debe asumir la madurez con prontitud y “demostrar su temple esforzado y animoso y su gran talento y buena voluntad” (Libro Flor Parroquial).

Es tiempo para cuidar de sus seres queridos, especialmente de su abuela materna, quien padecía una enfermedad gastrointestinal crónica, y de equilibrar con habilidad los quehaceres del hogar, su vida de piedad y su misión particular: “el apostolado

entre los suyos”, guiada por el padre Gaspar Silvestre, su confesor y director espiritual.

A sus 18 años siente que el Señor le llama para Sí no como religiosa, sino como seglar y arde en su corazón el deseo de dar con su vida una respuesta de radical consagración, haciendo voto perpetuo de castidad el 4 de diciembre de 1838.

Josefa, en medio del mundo y de su familia, como lo resaltan los documentos que se han escrito sobre ella, “recorrió el arduo camino de la oración y de la perfección evangélica en una vida de sencillez y de ardiente caridad”, fruto de su temperamento fuerte y decidido.

Ella tenía claro que “servir a Dios de verdad, supone dejar las costumbres del mundo, incompatibles con el buen espíritu y darse a Dios viviendo nuestra fe”. No existe una única fórmula. Se trata de cumplir lo que se debe hacer con esfuerzo y perseverancia, con la intención de agradar siempre a Dios.

¡Cuánto se apoyó para estos santos deseos en el amparo y guía de la Virgen María! Solo la Madre de Jesús podía enseñarle a ser fiel y a agradar a Dios en todo. Por eso siempre acudía a Ella y le rezaba cada día el Santo Rosario. “Devoción que no abandonará nunca y que vendrá a ser una de las armas poderosas de su apostolado. La tierna devoción a la Santísima Virgen coronará siempre sus virtudes”: padre Bernardo.

El rezo del Ave María, el Ángelus, la Felicitación Sabatina y el “Acordaos” eran su ofrecimiento a la Virgen.

Josefa no dejaba de invocar su maternal cuidado y llevaba a otros a imitarla: “Virgen María, Madre mía, hazme pura, casta, buena y santa. Hijas mías, sed muy honestas como la Virgen”.

Delicias del recogimiento interior

Estar ocupada en las labores de la casa y en sus actividades cotidianas fue la excusa que la

Providencia le concedió para estar apartada de los pasatiempos y diversiones del mundo y “aficionar su espíritu a las delicias del recogimiento interior en medio del cumplimiento del deber”, como manifiesta el padre Bernardo.

Para conducir a María Josefa por el camino de la perfección, el padre Gaspar Silvestre fue un instrumento vital. Ella le decía: “Padre, fíjese bien en lo que mande, pues yo le prometo y aseguro que lo haré tal como me lo mande”.



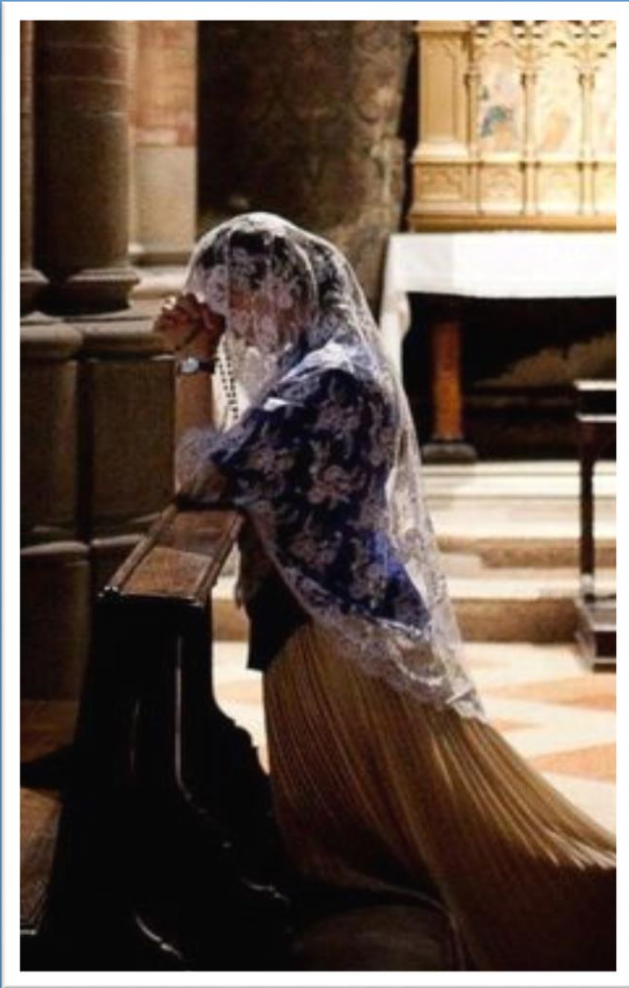
Narra el padre Bernardo sobre la biografía de esta beata: “Viéndola tan bien dispuesta, la guió, estimulándola a progresar en el camino de la perfección. Hizo que meditase profundamente el don de Dios, que es la gracia santificante en nosotros con todos sus efectos. El resultado fue que Josefa conoció el don de Dios y se decidió a acompañar al Dulce Huésped en su interior y a obsequiarle, ofreciéndole amorosamente sus trabajos y sufrimientos. Y a esto añadió un cuidado

especial de no contristarle con faltas voluntarias. Tenía, pues, empeño en evitar toda falta deliberada”.

¿Cuáles eran los pilares de su vida interior?

Celebrar la Eucaristía y comulgar eran fortaleza y pilar para su alma. Tenía el permiso de su director para recibir la Sagrada Comunión todos los días, cada mañana, en una época donde las personas piadosas recibían el Cuerpo de Cristo una vez a la semana. La lectura orante y meditada del Evangelio y la vida de los santos eran también dinamismo para su alma.

Tres rutas marcaron la senda de su santidad: la obediencia, el esfuerzo para vencer la pereza y el amor propio y la perseverancia.



La abnegación y sacrificio con sencillez y naturalidad también contribuyeron a su madurez espiritual. Ella solía decir: “Así como hay que

retorcer la ropa mojada para que suelte el agua que tiene empapada, de igual manera hemos de retorcer la voluntad propia para que suelte todo lo que no sea voluntad de Dios”.

Esta era Josefa, “un alma llena de amor a Dios y al prójimo; abierta a la acción de la gracia; una vida orientada hacia Dios, una mirada fija en la eternidad”: padre Asensi.

Esta sierva de Dios fue acrecentando la práctica de la oración y con ella sus virtudes: fe, caridad, justicia heroica, templanza, humildad y fortaleza.

Las jóvenes que se reunían en su casa solían decir: “Cuando nos hablaba de Dios tenía mucha unción, se emocionaba y le salían las lágrimas. Sus palabras no avivaban la fe y el aprecio de las cosas eternas”.

Una de sus discípulas se refería así de su maestra: “Todo en ella iba recto a Dios; solo se fijaba en lo que se refiere a adelantar en virtud y amor a Dios, lo demás no le interesaba (...) Nos decía fervorosamente: hay que llegar a la perfección cueste lo que cueste”.

En el libro “Flor Parroquial” se han recopilado aquellas recomendaciones que Josefa daba a quienes recibían sus enseñanzas y que nosotros podemos hacer nuestras:

- Vivir siempre en gracia.
- Oración mental diaria.
- Presencia de Dios, renovada al dar la hora.
- Comunión sacramental y espiritual frecuente.
- Abnegación interior, sacrificando el parecer, el gusto y la voluntad.
- Mortificación exterior y sufrir sin queja las molestias de cada día.
- Obedecer y trabajar.
- No murmurar de nadie.
- No hablar de confesores.
- Hacer las cosas con modestia, cuidado y perfección siempre, aunque nadie nos vea, pues decía: “Lo hacemos por Dios, a quien servimos por amor”.

BEATA JOSEFA NAVAL, ENTREGA AL SERVICIO DE LOS DEMÁS

Por María del Pilar Vila

La beata Josefa Naval siempre es presentada como una “flor” que brota en la parroquia. Si ella hubiera tenido solo esta vocación, no se hubiera hecho terciaria y aunque lo pudo ser de la Orden de los Dominicos, se inscribió en la Orden Tercera de la Virgen del Carmen y de Santa Teresa.

Tuvo que hacerlo de forma aislada, pues en Algemés, su pueblo, no existía comunidad de la Orden del Carmen.

Sin embargo, esto no fue impedimento para que viviera con fervor el espíritu del Carmelo y como deseo, quiso ser enterrada con el hábito de carmelita descalza.

Josefa fue formada por su mamá en la piedad y cuando esta murió, encomendó su cuidado maternal a la Virgen.

Luego se trasladó con su padre y sus tres hermanos a la casa de su abuela, cerca de la parroquia, lo que le permitió frecuentar este santo lugar con más frecuencia.

Su servicio apostólico surgió de su honda vida espiritual.

A través de este artículo, contemplamos su entrega al servicio de los demás a la luz de los escritos de Santa Teresa de Jesús y del decreto Apostolicam Actuositatem, del Vaticano II.



Su vida interior era alimentada por los sacramentos y la meditación

Josefa iba todos los días a la parroquia para participar en el Sacrificio Eucarístico. Siempre con una actitud de gran reverencia y devoción.

En la noche, antes de acostarse, dedicaba otro tiempo a la meditación. De esta práctica de oración pasó al trato frecuente e interior por medio de jaculatorias, actos íntimos de adoración y la comunión espiritual.

Hasta el fin de su vida procuró siempre tener un director espiritual y obedecerle con fidelidad y perseverancia.

Del amor a Dios surgió el amor al prójimo, como bien nos dirá Santa Teresa de Jesús: “si no es naciendo de raíz del amor de Dios, que no llegaremos a tener con perfección el del prójimo” (M5, 3,9).

De su unión con Dios surgía en Josefa el celo por las almas y el afán de enseñarles su modo de pensar y vivir.

Este es el rasgo apostólico más característico de los que han recibido, del Espíritu, el carisma que derramó en Santa Teresa de Jesús poco después de la espantosa visión del infierno (V 32,1-4).

Y es que el carmelita descalzo debe compartir como Santa Teresa:

1. “Los ímpetus grandes de aprovechar almas [...] de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte” (V 32, 6-7).
2. Que el mejor manjar que podemos ofrecer al Señor “es que de todas las maneras que pudiéremos lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben” (M 7, 4, 12).
3. Con el convencimiento de “que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer” (F 1,7).

De la sed de almas nace su apostolado

Tenía treinta años. Josefa Naval estaba convencida de que no hay vida más bien empleada que la que se gasta y consume en hacer que los demás conozcan a Dios, le amen, le sirvan y se salven.

Siguiendo el impulso de Dios, con el permiso de su papá y la aprobación de su director espiritual, empezó en su casa las reuniones de lectura y formación espiritual con sus amigas. Para atraer a otras jóvenes y formarlas en su vida interior, ella se ofreció a enseñarles a bordar gratuitamente.

Tuvo tanta aceptación por su arte en el bordado y por lo agradable de su trato, que en poco tiempo su casa se convirtió en taller donde se ganaban almas

para Dios. A las jóvenes que iban a diario a bordar se unieron otras mujeres que concurrían los domingos, convirtiendo aquella casa en verdadera escuela dominical de formación religiosa. A su vez se encargaba de la confección, conservación y limpieza de los ornamentos litúrgicos y el adorno de los altares.



Su caridad con el prójimo hacía que atendiera a los pobres: “Si os pide limosna un pobre y no tenéis más que el almuerzo, dádsele”.

Igualmente, la beata cuidaba con amor maternal a niños huérfanos, aconsejaba a quienes acudían a ella y restauraba la paz en las familias desunidas.

Como parte de su misión, animaba a los padres de familia a que bautizaran a sus hijos recién nacidos: “Procurad que los recién nacidos reciban pronto la gracia del Bautismo”.

Josefa Naval también cuidaba de los enfermos y procuraba que estos recibieran los sacramentos. Se mostró su caridad heroica cuando atendió a los enfermos de cólera en su población natal.



Su celo por las almas le hacía aprovechar toda ocasión para sembrar semillas de virtud, las cuales producían deseos de perfección cristiana en el servicio de Dios. Su palabra dulcísima atraía agradablemente y una fuerza invisible, pero eficaz, rendía las voluntades.

Desde su juventud empezó a influir eficazmente en sus amigas y otras muchas jóvenes. En su edad madura creció este apostolado y su prestigio en el pueblo y, finalmente, en su fecunda ancianidad dejó huella en sus discípulas, en la parroquia y en Algemésí.

Los designios que el Señor tenía sobre Josefa, dados a conocer a sus ocho años, se cumplieron. Ella vio con los ojos del alma que de su casa salía un cortejo de doncellas hacia el cielo: unas cincuenta de sus discípulas se consagraron a Dios en la vida religiosa, ante todo contemplativa. Otras muchas fueron excelentes esposas y madres de familia. Otras permanecieron solteras sirviendo a la parroquia.

La beata Josefa Naval es la encarnación viviente del apostolado de los laicos, expresado en Apostolicam Actuositatem, del Vaticano II: “El verdadero apóstol busca las ocasiones de anunciar a Cristo con la palabra, ya a los no creyentes para llevarlos a la fe; ya a los fieles para instruirlos, confirmarlos y estimularlos a una vida más fervorosa” (AA 6).

Amor por la parroquia

Una de las facetas destacadas de la señora Pepa no solo era su amor por Jesucristo y por la Iglesia, sino su amor por la parroquia.

Ella solía decirle a sus discípulas: “Tenéis que amar a la parroquia como a vuestra madre; la tenéis que ayudar en todo y acordaos de este amor que le tenéis cuando se haga la colecta para vuestra parroquia. Amad con veneración y obedeced al párroco como ministro de Dios y pastor de vuestras almas”.

Para el padre Bernardo Asensi, “lo que ella vislumbraba con la luz de la fe, y vivía y hacía vivir con la mayor perfección a sus discípulas, lo propone la Iglesia con toda claridad en la organización providencial de la Acción Católica, a fin de restaurar el espíritu cristiano de la parroquia”.

“Josefa amaba el decoro de la casa de Dios y procuraba, igualmente, el esplendor del culto divino. Atendía con sus discípulas la limpieza del templo y sus ornamentos sagrados”: narra el padre Asensi.

Con qué diligencia supo Josefa vivir la vida parroquial. Cuánto compromiso con la evangelización y con las obras de la parroquia.

Dicen los Estatutos de la OCDS para la Provincia de Colombia, Art.24: “Por ello el seglar carmelita y cada comunidad local han de estar dispuestos para secundar las iniciativas de apostolado de la Iglesia parroquial y diocesana, especialmente las que van en consonancia con el espíritu de la Orden”.

Fuente:

Bernardo Asensi, Flor parroquial. Biografía de la sierva de Dios Josefa Naval Girbés, Valencia 1962, 377-382.

<https://beatajosefanaval.wordpress.com/2022/08/01/beata-josefa-naval/>

Tú eres la **SAL**
de la tierra, y la **LUZ**
DEL MUNDO

Mateo 5:13,14
www.adventistas.org



Del Decreto para la canonización de la sierva de Dios Josefa Naval Girbés

(3 de enero de 1987)

“Como las parroquias «de alguna manera representan a la Iglesia visible establecida por la tierra», la sierva de Dios tuvo a su parroquia como madre en la fe y en la gracia, y, en cuanto tal, la amó y la sirvió con humildad y espíritu de sacrificio.

Por ello, mostraba sincera veneración a su párroco y se confió a su dirección espiritual; atendía a la confección, conservación y limpieza de los ornamentos litúrgicos y al adorno de los altares; todos los días acudía a la iglesia parroquial para participar en el sacrificio eucarístico, pero se distinguió, sobre todo, por su apostolado inteligente y fecundo, que siempre desarrolló de acuerdo con sus pastores, a los cuales profesaba absoluto respeto y obediencia.

Convencida como estaba de que los cristianos deben ser sal de la tierra y luz del mundo, no se contentó con practicar las virtudes en su casa, sino que quiso cumplir plenamente el mandato del

Señor, que dijo: “Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo”; pues buscaba todas las oportunidades para anunciar a Cristo de palabra y con las obras, tanto a los no creyentes, para atraerlos a la fe, como a los fieles, para instruirlos, confirmarlos en la misma y estimularlos a un mayor fervor de vida.

Con esta intención enseñaba a los pobres, aconsejaba a cuantos acudían a ella, restauraba la paz en las familias desunidas, para las madres organizaba en su casa reuniones con el fin de ayudarlas en su formación cristiana, encaminaba de nuevo a la virtud a las mujeres que se habían apartado del recto camino y amonestaba con prudencia a los pecadores. Pero la obra en la que centraba, sobre todo, sus cuidados y energías fue la educación humana y religiosa de las jóvenes, para quienes abrió en su casa una escuela gratuita de bordado, en el que era muy entendida. Aquel taller se convirtió en un centro de convivencia fraterna, oración, alabanza a Dios y explicación y profundización de la Sagrada Escritura y de las verdades eternas.

Con afecto maternal la sierva de Dios fue para sus discípulas una verdadera maestra de la vida, modelo de fervoroso amor a Dios, lámpara que daba luz y calor. Les dio innumerables ejemplos de fe viva y comunicativa, de caridad diligente y alegre sumisión a la voluntad de Dios, y de los superiores, así como también de máxima solicitud por la salvación de las almas, prudencia singular, práctica constante de la humildad, pobreza, silencio y paciencia en las contrariedades y dificultades. Era notorio el fervor con que cultivaba la vida interior, la oración, la meditación, la aceptación de las molestias y su devoción a la Eucaristía, a la Virgen María y a los santos. De este modo contribuyó eficazmente la sierva de Dios al incremento religioso de su parroquia ”.

Fuente:

<https://www.javiergutierrezchamorro.com/wp-content/uploads/2020/08/breviario-santoral-carmelitano/08-noviembre.html>



La señora Pepa, carmelita seglar con celo por la perfección cristiana

Con sorprendente dedicación y entrega heroica, “Josefa convirtió su casa en escuela de perfección. Su apostolado era enseñar la vida cristiana, quitando el pecado, rutina e imperfección para agradar a Dios, sirviéndole con amor filial, cada una en el estado que Él quisiera. Por lo mismo, entre sus discípulas estaban juntas las que se bordaban el ajuar para casarse y las que se preparaban la dote para irse de religiosas”, así lo narra el padre Bernando Alsesi en la biografía de esta cristiana mujer.

Josefa se consagró a Dios. No recurrió al claustro, sino que se quedó en el mundo, como seglar de la Orden Tercera de la Virgen del Carmen y de Santa Teresa de Jesús. Siempre llevó el Escapulario del Carmen y pidió que se le vistiera con el hábito carmelita cuando muriera.

Por el libro Algemés y su patrona (1907), “sabemos que la Fraternidad del Carmen y Santa Teresa había sido fundada en esta localidad en 1854. Además, por

tradición conservada en Algemés y comunicada oralmente al Postulador General de la Orden en alguna de sus visitas, existían otras fraternidades de la Orden en varios lugares de la Provincia Valenciana”.

Para esta carmelita seglar era tan importante la perfección cristiana y la voluntad de Dios en su vida que se dedicaba a meditar qué quería de ella el Señor y en su corazón, guiada por su confesor, solo hallaba una respuesta: vivir solamente para Dios, en casa, siendo ejemplo de observancia y de espíritu de sacrificio. De esta manera pudo llevar a cabo su misión particular: atraer almas que amaran y alabaran a Dios en todo.

Así lo expresaban sus discípulas: “Dios ha querido a nuestra maestra fuera del claustro, a fin de que hiciera de su casa un noviciado donde preparase muchas jóvenes para muchos conventos”.

Sin embargo, el deseo de Dios también la llevó a “la formación de excelentes madres de familia” (Libro Flor Parroquial).

Sobre esto, comenta una de sus discípulas que estaba casada: “La casa de nuestra maestra era casa de oración. Su conversación era de cosas espirituales, alentándonos a seguir perfectamente nuestra vocación. Después de hablar un rato con ella, se salía de allí sin ganas de las cosas del mundo. Sus palabras infundían espíritu y aprecio de las cosas del Cielo. Nos llevaba a Dios por amor. Todas sus discípulas, aunque el Señor las haya llamado al matrimonio, han sido piadosas, llevando en su alma el recuerdo eficaz de sus avisos. Nos decía: habéis de llevar vuestra cruz y cumplir el propio deber como Dios manda: las solteras como solteras, las casadas como casadas”.

Como carmelita seglar, María Josefa sabía que debía “comprometerse a vivir en el mundo en comunión fraterna, con una vida evangélica impregnada del espíritu de oración contemplativa, tomando como modelo a la Virgen María y animada por el celo apostólico”.

“Su puesto en la Iglesia siempre estuvo bien definido, desde el mundo y para el mundo. Desde Dios, para los hombres y mujeres de su entorno. Ella vivió en grado heroico las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad, cuyo ejercicio lleva a la vivencia radical del Evangelio y al seguimiento valiente y decidido de Jesús” (texto en es.calameo.com).



ALGUNOS PENSAMIENTOS DE LA BEATA

1. “Haced cada día un rato de oración y todo os resultará llevadero y suave”.
2. “En vuestras casas sed ángeles de paz; poned alegría, adelantaos a tomar los trabajos menos gratos, pero sin demostrar que os mortificáis”.
3. “Para ser mejor: ama, obedece, sufre, calla”.
4. “Procede siempre con pureza de intención y humildad de corazón”.
5. “Procurad la perfección con sencillez y naturalidad exterior”.
6. “El deber es la voluntad de Dios; y el amor es el grado de virtud que se cumple”.
7. “Seamos muy generosas en el servicio de Dios”.
8. “Siempre has de estar igual: apacible, nunca enfadada, procura complacer a todos con amabilidad, sin ser habladora”.



Sabía usted que...

La beata Josefa Naval Girbés fue virgen y laica (carmelita seglar), que se consagró a Dios en la vida civil y se dedicó a catequizar a los niños.

Nace en Algemesí, en la Ribera del Júcar, a 32 Km. de Valencia, España, el 11 de diciembre de 1820. Fue la primera de cinco hijos. Sus padres fueron: Francisco Naval y Josefa María Girbés

Sacramentos: Fue bautizada en la Parroquia de San Jaime Apóstol, el mismo día de su nacimiento, con el nombre de María Josefa (de mayor la llamarían Pepa o Señora Pepa).

El 10 de noviembre de 1828 recibió la Confirmación y después recibió la Primera Comunión.

El llamado: Desde la adolescencia se consagró al Señor con voto perpetuo de castidad. Recorrió el camino de la oración y de la perfección evangélica en una vida de sencillez y de caridad. En su compromiso de vida se dedicó con generosidad a las obras de apostolado en la comunidad parroquial.

Fue miembro de la Orden Tercera de la Virgen del Carmen y de Santa Teresa de Jesús, profesando íntima devoción a la Virgen, Madre de Dios. Profesaba también gran devoción a San Juan de la Cruz.

Su apostolado:

- Enseñaba a los pobres.
- Consejera de cuantos acudían a ella.
- Formación cristiana a mujeres y madres: organizaba reuniones en su casa.
- Educación humana y religiosa de las jóvenes: este fue su apostolado más importante. Para ello abrió en su casa una escuela gratuita de bordado, en el que era muy entendida. Aquel taller se convirtió en un centro de convivencia fraterna, oración, alabanza a Dios y explicación y profundización de la Sagrada Escritura y de las verdades eternas.

¿Qué la hizo tan especial?

Era notorio el fervor con que cultivaba la vida interior, la oración, la meditación, la aceptación de las molestias y su devoción a la Eucaristía, a la Virgen María y a los Santos. Contribuyó eficazmente al incremento religioso de su parroquia.

Dio ejemplo de fe viva y comunicativa, de caridad diligente y alegre sumisión a la voluntad de Dios y de los superiores, así como también de máxima solicitud por la salvación de las almas, prudencia singular, práctica constante de la humildad, pobreza, silencio y paciencia en las contrariedades y dificultades.

Su muerte: 24 de febrero de 1893, en Algemesí.

Beatificación: 25 de septiembre de 1988 por el papa Juan Pablo II.

Fuente: Portal Carmelitano - Catholic.net

ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS - CALI
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA
SEPTIEMBRE 2022



Correo electrónico: revistakarmelocdscali@gmail.com

Contacto: (+57) 3172546790